

ello, parecia conveniente el levantarle à comer algunas yerbas, para hazer de su parte lo que era de su obligacion, en orden à conservar la vida con el sustento, y no concurrir à su muerte con la omision. Mas el Padre Fr. Melchor, inclinado siempre à lo mas rigido, respondió, que en aquellas circunstancias no devian tener mas cuidado, que una total dependencia de la Providencia Divina, y de la voluntad de los Indios: yà les quisiesen quitar la vida con el hierro, yà con la hambre. Es de notar, que se alternavan à ser Superior uno de otro por semanas, y sin duda en esta, que sucedió lo referido, mandava Fr. Melchor, que à no ser así, hubiera luego seguido el dictamen de Fr. Antonio, segun era la rigurosa exaccion de su obediencia. Rindióse Fr. Antonio, deponiendo su dictamen con un acto el mas heroyco de obedecer (como dirè, tratando de su obediencia) y parece, que Dios solo aguardava este heroyco sacrificio, porque passados los tres dias, les quitò del corazon à los Indios su barbara determinacion, y començaron à tirarles à los Padres con platanos, mandandoles, que los comiesen: y permitiendoles be-

ver, los echaron de su territorio, assegurandoles, que no querian recibir la Ley que les predicavan. Con esto se fueron los Padres à buscar otras rancherías menos indispueltas à recibir el Evangelio, ò mas eficazes en darles el martyrio.

En varias ocasiones les ministraron venenos activos en la comida: y los preservò Dios, disponiendo, no les dañassen; cumpliendose à la letra lo prometido en su Evangelio à los que fuessen sus Discipulos. Afsegura esta verdad el mismo Fr. Antonio en carta, que tengo entre mis manos de su letra, en que dize, hablando de aquellos Indios: „Preguntaron „los Interpretes admirados: Pa- „dres, los Indios dizen, si sois „Dioses? Porque os han dado „veneno en la comida, y no os „moris. Por Dios veneravan los Barbaros de la Isla de Melito al Apostol San Pablo, por aver visto una vivora pendiente de su mano, y que clavados los colmillos, no le comunicò la ponçoña: y aqui estos Idolatras Talamancas, viendo sin efecto su veneno, preguntan aflombrados, si son Dioses, los que no ven morir del mortaltosigo, como los otros hombres. Repitieronse por los bar-

ba-

CAPITULO XVI.

Reducidos los Talamancas, passa à los Terrabás, y logranse alli muchas, y maravillosas Conversiones.

D Esehado, y expelido de aquella parcialidad con su amante Compañero, se fue à buscar otras Naciones de la misma Talamanca, donde hallando abrigo el grano de la Divina Palabra, catequizò sus Naturales, bautizò, y juntò en el santo vinculo del Matrimonio el copioso numero, que expressarè por junto mas adelante. Yà estos Talamancas, aunque ferozes, tenian presagios de la dicha que les embiava el Cielo en estos dos Misioneros, hablando esta vez verdad el padre de la mentira, aunque muy à su despecho. „Un año antes de llegar à las Naciones de los Talamancas, (dize en carta, que llevo citada, Fr. Antonio) los „mismos demonios desde sus „Idolos les dixeron à los Viejos, sus Sacerdotes: Yà se „acercan dos Hombres de esta manera, pintandoles nuef-

E 3

„tro

baros los insultos, y siempre animoso Fr. Antonio repetia los combates de su zelo, deseoso de encontrar la preciosa margarita del Martyrio, resguardando todo el caudal de su sangre. Batia con ansias los buelos de su espiritu, solicitando su hallazgo: pero de cada pluma de sus alas colgava el peso de inmenzas dificultades, que abatian el remonte de su fervoroso buelo. Contemplava à sus solas, vertiendo lagrimas, como por muchas vezes se le avia caído la corona purpurea de entre las manos: y por dár algun lenitivo à su dolor, apelava à la resignacion amorosa en la voluntad Divina. Queriale Dios Martyr de solos sus deseos, y le divertia sus fervorosas ansias con darle por premio del sudor de sus trabajos, abundancia de bien colmados frutos. Estos logró entre los mismos Idolatras Talamancas tan à su satisfaccion, que como verèmos, consiguió la instancia de su zelo reducir al gremio de la Iglesia à los mismos, que le arrojan de sus tierras,

*** **
*** **

tro Abito: yà llegó el tiempo, que seais Christianos: así nos lo dixerón los Interpretés, concluye la clausula. Tan de antemano previno la Piedad Divina remediar con la predicacion de tales Ministros la barbaridad de aquellos miserables Idolatras: sirviendo tan viles instrumētos, como son los demonios, de que fuesen conocidos los Siervos del Altísimo, y por su medio fuese la Fè exaltada, y el Nombre de Christo conocido.

Aviendose detenido en la Talamanca todo el tiempo que juzgaron necesario, para instruir à los nuevamente convertidos, tomaron resolucion de dar à conocer à Christo en otras Naciones circunvezinas: y antes de transitar à ellas, remitieron mensagero à aquellos Indios, que con ignominia los arrojaron de su tierra, diciendoles: „ Para que se „ pais, que no estamos enoja „ dos con vosotros, y que solo „ buscamos vuestras almas, „ compadecidos, y lastimados „ de vuestra perdicion, des „ pues que ayamos convertido „ à los Terrabas vuestros ene „ migos, bolveremos à bésaros „ los pies. Embaxada por cierto digna de tan humildes, y caritativos corazones. Sien-

do, pues, el animo entrar se à los Indios Terrabas, en extremo barbaros, y de tan indomita cerviz, que nunca se dexavan avasallar de otras Naciones, y que con los Españoles tenian concebida tal ojeriza, que el que avian à las manos, era cruel víctima de sus iras: como tambien por hallarse estos Terrabas enemistados con los Talamancas, no se podía conseguir por camino recto la entrada, y así se valieron de otra Nacion mas contigua à ellos, conocida por los Borúcas, que son los ultimos de la Provincia de Costa Rica. A estos Borúcas, que en sus columbres delineavan la etymologia de su nombre (que todo suena confusion, y desorden) los pusieron en concierto, y bautizaron muchos, que aun no avian entrado en la Iglesia por el Santo Bautismo, aunque yà en aquel Pueblo se avia promulgado la Fè Catolica.

Siguiendo su derrotero apostolico, llegaron à los Terrabas, gente docil, y por esto con facilidad quedó aquella parcialidad instruida en los rudimentos de la Christianidad, dexando allí fabricada su Iglesia, y por su titular Nro. Gran Padre San Francisco. Avian

Avian yà antecedentemente embiado mensageros desde los Borúcas à los taymados Terrabas, para que viniesen allí los Caziques à informarse del designio à que se dirigia la venida de los Padres. Eran por todos ocho estos Caziques, y de ellos vinieron siete, sin mas vestido, que aquel que les diò la naturaleza, quando los arrojò, ò abortò de toda humanidad desnudos. Uno solo, haciendo de su misma obstinacion empeño, no se diò por entendido de la embaxada: antes sí, lleno de furor diabolico, hizo protesta à sus Idolos, de quitar la vida à los Padres, si passavan adelante à querer conseguir su empreña, retando valor, para executar sus iras, aunque todos los siete Caziques se empeñasen en su defensa. Anhelavan los dos Misioneros à coger con sus manos las victoriosas palmas del Martyrio: y discurrendo alcançarlas mediante la obstinacion de este Barbaro, al passo que los otros Caziques retardavan con persuasiones su deseo, poniendoles à la vista la determinacion de aquel enfurecido Tigre, que con todos los suyos brotava centellas de indignacion, respondian con valor intrepido: A estos busca-

mos, à estos nos àveis de llevar primero. Puesta en Dios la confianza, ofreciendo en su voluntad como en ara sus vidas en sacrificio, enderezaron sus passos à las rusticas casafas del Cazique, y sus aliados: y aquellos, que prevenian armas de lanças, y faetas, esperando à los Padres, para enlangrentar en ellos su saña, al verlos en su presencia, poseídos de un terror Pánico, los recibieron gustosos, arrojando à aquellos desnudos pies las armas, que tenian en las manos, y con ellas les ofrecian tablillas en pasta de chocolate, platanos, y quantos sylvestres regalos permite aquella tierra. Esta repentina mutacion de la diestra del Altísimo causò indezible ternura en los corazones de los Misioneros, desahogando su gratitud en canticos de alabança: y se conociò ser del Cielo todo el auxilio en la mansedumbre, con que escuchavan enmudecidos la imperiosa voz de los Ministros del Evangelio.

Convirtiose toda la ferocidad en rendimientos, y con inopinada novedad traian à cuestras sus enfermos, y los presentavan à los Padres, para que los bendixessen. Hablando de este suceso el Apostolico

co Padre Fr. Joseph Diez en la parte de la Chronica, que iba escribiendo, dize assi: „ Yo „ discorro, y no sin fundamen- „ to, que no se avian de mover „ à estas demostraciones, sin „ aver experimentado alguna „ repentina, ò milagrosa salud: „ y que quien me diò esta no- „ ticia, lo callaria por su humil- „ dad. Dexando à Dios lo cierto, cada uno investigue lo verosimil, conforme à las reglas de una fè muy humana, aunque sea muy piadosa. Citaronlos à todos para el siguiente dia, en que les harian saber los motivos de su embaxada. Juntos, pues, y sentados en asientos humildes, formando rueda, colocaron en el medio una India gruesa, y corpulenta, que tenian por Sacerdotisa, y miravan con respetos de Madre, y Maestra de sus delirios. Esta, dixeron, lo sabe todo, ella hablarà, y responderà por nosotros. Escuchò con singular atencion la Sacerdotisa todo el razonamiento de los Padres: propuso sus dudas, hizo algunas rèplicas, no sin apariencia de razones: mas como todas se fundavan en sombras, quedaron desterradas de su entendimiento con la clara luz de las eternas verdades, que le fueron propuestas, careandose à

la creencia de los Mysterios Soberanos, al passo que se le desvanecian sus fútiles argumentaciones. Costò su reduccion no leve fatiga: siendo un penoso tormento reducir con razones, à quien no se fatiga en discursos, y solo dà assenso à lo material de los sentidos.

Después de varios coloquios, sintiendo la India, qual otra Samaritana, la suave eficacia de la palabra Divina, se diò por convencida: y solo se le hazia duro el aver de perder su vana opinion, y descubrir à aquellas gentes el engaño en que ella vivia, y en que los avia mantenido tanto tiempo con su falsa, y perversa doctrina. Fueron tales las persuasiones de los Padres, y el aliento que como alumbrados de Dios infundieron en su corazon, que buelta à los suyos, les declaró muy por extenso el lastimoso caos de sus errores, y los persuadiò, à que tomando su exemplo abrazassen gustosos la Fè Catholica. No tuvieron aliento para replicar à quien veneravan por Maestra: y llenos de espantoso asombro, como quien dispierta de un profundo letargo, preguntavan à los Ministros de Dios: Que harèmos, para salvarnos? La primera diligencia, respon-

die-

dieron los Padres, es reducir à cenizas vuestros Idolos, detestando sus execrables adoraciones. Encargòse este cuidado à los Caziques, y en breve tiempo recogieron multitud copiosa de Idolos: y para dia remplazado fue espectáculo digno de ternura para los Hombres, y de alegría para los Angeles, ver à cada Indio con una Cruz al ombro, y en la mano un leño, que juntos estos en una Pyra cerca de los Idolos, que eran la horrorosa víctima, y estavan ya amontonados, como prendieron fuego, y arrojaron con desprecio à aquellos q̄ adoraron por sus dioses tanto tiempo, hasta que reducidos los vanos simulacros en pavesas, y apagadas cò agua las cenizas, borrarón todos los vestigios de su envejecida Idolatria.

Trataron después los Operarios Evangelicos de plantar, y sembrar el grano de la Doctrina Catholica: puesto que se avian arrancado yà las raizes, que podian sufocar la sementera: y para esto, sin permitir tardança su apostolico zelo, instruidos, y catequizados, los bautizaron: bautizados, pusieron en el estado del Santo Matrimonio à muchos de ellos, por evitar deslizes de

la humana miseria, y hazerles reconocer quan benigna es con sus fieles la Ley de Gracia. Para que todo quedasse en devida forma, erigieron alli dos Iglesias, por ser dos parcialidades: una al Apostol San Andrés, donde, aviendose bautizado la Sacerdotisa, se le diò el nombre de Andrèa, y se dedicò voluntariamente à cuidar de aquel pobre Templo, como Sacristana; y la segunda Iglesia se consagrò en reverencia del Serafico Doctor de la Iglesia San Buenaventura. Yà con tan favorables progressos, trabajaron nuestros dos Misioneros con fervor, y aliento incansable, hasta que vieron à los antes feroces Terrabas, yà reducidos: y aviendo ido regando con lagrimas el grano que sembraron en la tierra dura de aquellos corazones, bolvieron después cargados de manipulos de almas convertidas, muy gustosos.



CAPITULO XVII.

Ocupado en la Talamanca, le llama la Obediencia al Colegio: y como dispuso el Señor bolviessse à continuar su Apostolico Ministerio,

Reducidos, y christianados los Terrabas, haciendo recuerdo de tener prometido volver à buscar los Incendiarios, que en la Talamanca se avian mostrado tan protervos, y que en pago de averlos expelido de sus tierras, solicitarian otra vez venir à sus puertas à besarles los pies en señal de amor, y rendimiento, por ganarles la voluntad, y la alma: se encargò de esta heroyca empreffa Fray Antonio, llevando por designio juntamente ajustar las pazes entre los Talamancas, y Terrabas, quienes vivian por las guerras muy desunidos. Apenas diò vista à los que antes le avian ultrajado, se fue con los brazos abiertos à encontrarlos, y se les tirò à los pies con ademàn de besarfe los, si ellos, aunque tan agresivos, no lo huviesse resistido. Confusos, y avergonçados le

pedian perdon, dando por disculpa de sus passados desafue-ros, el aver hecho juizio, que eran embiados de los Españoles, para hazerles daño: mas que yà conocian tener buen corazon, que es la frasse, con que se explican mas de ordinario los Indios. Ajustaronse con esto las pazes, y se llenaron de regozijo los Neofitos Talamancas, viendo de nuevo en sus tierras à los que como Padres los avian engendrado por el Evangelio, y se confirmaron en los propósitos de permanecer en la doctrina, q̄ antes se les avia predicado.

Intentavan los Padres passar à otras Naciones distantes, que pertenecian al Obispado de Panamá, por instantes ruegos de su Ilustrissimo Prelado, quando les atajò el passo la Obediencia, llamandolos à este Santo Colegio. Por Agosto del siglo pasado de Noventa avian recibido carta del Guardian de este Seminario, por orden del Superior General de estas partes, en que con instancias los llamava, por la inopia que avia à la sazón de Misionarios: y huvieran levantado la mano de aquella Miès, si al mismo tiempo no recibiesse letras del M. R. P. Ex-Comissario Ge-

General Luzuriaga, en que les noticiava tener el Prelado Superior actual, à petición suya, revocada la Obediencia. Fue particular disposicion del Cielo el tener tan à tiempo el nuevo orden; porque como escrivieron los mismos Padres à este Colegio, con su venida quedavan aquellas Naciones informes unas, y sin Luz del Evangelio otras. Continuaron, seguros yà en conciencia con la suspension del mandato, en todas aquellas vastas Provincias sus empleos Apostolicos; y teniendo yà formadas quince Iglesias, el mismo dia que bendixeron la ultima, que se contavan veinte y cinco de Agosto del año de noventa y uno, llegó à sus manos carta del M. R. P. Comissario General, en que los llamava al Colegio.

Al dia siguiente se pusieron los verdaderos Obedientes en camino, con tanto dolor, y lagrimas de aquellos recién convertidos, que la vez que referia el P. Fr. Antonio las ternuras, que dezian los que se lamentavan huerfanos por la ausencia de tales Padres, solo se explicava con el corriente lenguaje de sus ojos. Consolaron aquellós afligidos corazones con la espe-

rança de que vendrian otros Ministros, de que se esperaba proveyesse el Ilustrissimo, y Reverendissimo Obispo de Nicaragua, à quien pertenece aquella Tierra, y Distrito, y viniendo yà de camino, en un Pueblo de Costa Rica, que es de nuestra Orden, nombrado San Juan Teotique, escrivieron al Guardian de este Colegio à veinte y siete de Septiembre del dicho año de noventa y uno, de cuyo contexto expressarè algunas clausulas, para el comun exemplo.

„ El consuelo, que llevamos
 „ (dezian) es, que por todo lo
 „ dicho no queda Nacion
 „ Gentil: aunque estavamos
 „ para passar à otras muchas
 „ Naciones, que nos estavan
 „ esperando, que tocavan al
 „ Señor Obispo de Panamá,
 „ con carta Pastoral de su Ilu-
 „ strissima para los Christia-
 „ nos, por donde aviamos de
 „ passar. Pero como en todo
 „ no deseamos mas de hazer
 „ la voluntad de Dios, intima-
 „ da por V. P. con el mismo
 „ consuelo nos bolvemos, que
 „ huvieramos profeguido con
 „ la Divina gracia. Vamos sin
 „ perder dia: pero como esta-
 „ vamos tan adentro en las
 „ Montañas, y los caminos tan
 „ cerrados, no podemos tan-
 „ to,

„to, como quisiéramos: que
 „sabe su Divina Magestad
 „quisiéramos tener alas, para
 „luego echarnos à los pies de
 „V. P. ò à lo menos hallar
 „embarcacion por qualquiera
 „Costa de estas, aunque fue-
 „se con qualquier riesgo; por
 „que solo fuele aver Canoas,
 „de que harèmos bastante di-
 „ligencia, por los muchos
 „Rios que ay por todas estas
 „Provincias, sin vado à la sa-
 „zon, por ser el tiempo mas
 „apretado de las aguas. Pero
 „el Señor, que hasta aqui nos
 „ha abierto siempre el cami-
 „no para hazer la Obedien-
 „cia, esperamos nos le abrirà
 „aora, por donde mas fuere
 „su santissima voluntad, para
 „que quanto antes tengamos
 „dicho consuelo de vernos à
 „los pies de V. P. Al presente
 „nos hallamos tan lexos, pues
 „segun dicen los practicos de
 „esta tierra, desde esta Pro-
 „vincia de Costa Rica à Me-
 „xico ay mas de seiscientas le-
 „guas. Y assi proseguiremos
 „nuestro viage con la Divina
 „gracia mañana, como hemos
 „dicho. Despues de hazer re-
 „cuerdo de las cariñosas me-
 „morias que de ellos hazia la
 „Santa Comunidad, y algunos
 „de sus Individuos en particu-
 „lar, prosiguen diziendo: „ Qui-

„sieramos à cada uno escribir
 „con sangre de nuestro cora-
 „zon: pero esperamos en el
 „Señor con lagrimas de nues-
 „tra alma, besar los pies de to-
 „dos, quando su Divina Ma-
 „gestad sea servido de que lle-
 „guemos. Por estas razones,
 „copiadas de su original à la le-
 „tra, conocerà el prudente la
 „rendida obediencia de estos
 „Varones de Dios, el zelo del
 „mayor bien de las almas, su en-
 „tera resignacion en la Divi-
 „na voluntad, y la caridad fra-
 „terna, que ardia como ascua
 „viva en sus piadosos corazones.

Con la costa de imponde-
 rables tabajos, que mejor se
 dexan creer, que expresar en
 viage de tantas leguas, llega-
 ron à la Ciudad de Guatema-
 la, resueltos à continuar el ca-
 mino hasta este Santo Cole-
 gio. Fue su entrada à dos de
 Diziembre del mismo año de
 noventa y uno: y apenas tuvo
 noticia el Presidente de aque-
 lla Real Audiencia de su veni-
 da, les entregò el nuevo orden
 que yà tenia del M. R. P. Co-
 missario General, en que revo-
 cando la obediencia anterior,
 les dava facultad para prose-
 guir en sus gloriosas empre-
 sas, bien enterado yà de la or-
 fandad en que quedavan los
 nue-

nuevos hijos, que avian agre-
 gado à la Iglesia, y el descon-
 suelo de aquellas remotas Pro-
 vincias, y aun de todo el Rey-
 no de Guatemala, de que tu-
 vo bien particulares Informes.
 Antes de partirse de la Tala-
 manca nuestros Misioneros,
 tenian dado aviso por escrito
 al Ilustrissimo, y Reverendis-
 simo Obispo de Nicaragua,
 para que proveyesse aquellas
 recientes Conversiones de Mi-
 nistros, por estar aquel terri-
 torio en su Diècesis: y aun-
 que se procurò acudir al reme-
 dio de tan lastimosa necesi-
 dad, no alcançavan las fuer-
 ças à dár el lleno à los deseos:
 pues esforçandose, aun sobre
 sus fuerças, la muy Religiosa,
 y Santa Provincia de Nicara-
 gua, remitiò algunos Religio-
 sos, para cultivar aquella nue-
 va planta: mas no les fue dable
 perseverar en la labor largo
 tiempo, viendose aquejados
 de molestas enfermedades,
 que ocasionan el tempera-
 mento, y las inescusables pe-
 nurias de aquellos Yermos.

Porque se forme juicio
 de lo que alli trabajaron Fray
 Antonio, y su V. Compañero,
 y el estado en que quedaron
 aquellas Naciones, substituyo
 por mis toscos rasgos las bien
 sentidas lineas del Informe,

que començè à trassuntar en
 el Capitulo treze del Meritis-
 simo Señor Obispo de Nicara-
 gua, que hablando de estos
 dos Varones Apostolicos, pro-
 sigue de esta suerte: „ Passa-
 „ron las Montañas, que lla-
 „man de Talamanca (Provin-
 „cia de Costa Rica) princi-
 „piando la Mision por la par-
 „te del Norte, llegando à la
 „del Sur. Vivian en estas
 „Montañas sin conocimien-
 „to de la Ley Evangelica, y
 „en los errores barbaros de la
 „idolatria los Talamancas, los
 „Terrabas, los Cavecàres, los
 „Chichagues, los Usambo-
 „ros, los Cavès, los Usùros,
 „los Mayagues, y otros mu-
 „chos: todos diferentes Na-
 „ciones, aunque muy poco
 „desiguales en los ritos falsos,
 „y sequito de errores diaboli-
 „cos. Los naturales dociles,
 „afables, y bien inclinados:
 „pero nada instruidos en la
 „verdad de la Evangelica
 „Ley, y totalmente inutiles
 „por la suma ociosidad, fian-
 „do de los ombros de las
 „mugeres todo lo que mira à
 „trabajo, sin moverse ellos à
 „la menor accion de prove-
 „cho. Sus moradas son en al-
 „gunos Ranchos, que llaman
 „Palenques: constando cada
 „uno de estos de trescientos